

naturado», aquella parte de la Naturaleza «colonizada» por el Albedrío, y que colabora en los nuevos esfuerzos del Árbol. Esta parte comprende dos esferas, dos mundos: Uno, se compone de las facultades anímicas, el cuerpo individual, los instrumentos (animales domésticos, elementos naturales ya servidos, el fuego y el agua como en la mitología turana); á ese mundo llamo yo EL ESPÍRITU. El otro mundo, comprende la colaboración que al esfuerzo de un hombre traen todos los esfuerzos históricos de los demás hombres; á este mundo le llamo LA CULTURA (que cabe imaginar descompuesta en unidades espirituales concretas, que son las CIUDADES).—Por lo tanto, para mí, ESPÍRITU quiere decir «la unificación funcional de una parte de las fuerzas naturales con el Albedrío» y CULTURA «la unificación funcional de una parte de las fuerzas históricas con el Albedrío». (Considerárame dichoso si este ensayo de definición contribuyese algo á aminorar el abuso, deshonestamente utilitario, que entre nosotros se hace de la bella palabra: «Cultura»).

No podemos entrar aquí en la cuestión—que, de lo contrario, nos atrasaría muchísimo, y que prometemos tratar algún día—de si los mundos de la Cultura y del Espíritu pueden considerarse, filosóficamente, como una categoría única; cuestión íntimamente relacionada con la de si la «personalidad» coincide ó no con la «individualidad».—Lo que sí debemos decir, es que, aplicando á nuestro propio trabajo el fruto de las precedentes inquisiciones, tenemos que deducir que el pensamiento del Hombre que Trabaja y que Juega no debe prescindir nunca, ni siquiera intentar prescindir de estos dos mundos, que, en realidad, se unen á su albedrío para todo esfuerzo: del mundo del Espíritu (que comprende, según hemos dicho, el cuerpo mismo, los instrumentos, etc.) y del mundo de la Cultura, (que comprende la suma de los esfuerzos de la humanidad).—A esto se oponen dos aberraciones teóricas muy extendidas; y decimos teóricas, porque, en rigor, nunca han podido darse de hecho. El intentar prescindir, en el propio esfuerzo, de los elementos naturales, se llama ASCETISMO. El intentar prescindir del mundo de

la Cultura, es el ROMANTICISMO. La filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega ha de ser siempre una contradicción viviente del Ascetismo y del Romanticismo.

Para eso tiene que aplicar íntegramente LA RAZÓN.—Pero esta palabra tiene hoy un sentido equivoco, consecuencia de las distintas acepciones en que se ha tomado en la historia de la Filosofía.—El próximo viernes nos detendremos sobre esto.

## V

## (Quinto viernes de Cuaresma)

Desde el cartesianismo, y, sobre todo, desde el spinozismo, se ha producido un cambio singular en el vocabulario filosófico: las palabras «Razón», «Inteligencia», han venido á permutar su antiguo significado.—Observemos, en primer lugar, que hoy (cuando no se hacen sinónimos los términos, cosa que también, á veces, ocurre), suele atribuirse al primero de ellos mayor amplitud que al segundo. Así es corriente que, en medio de la batalla entre «intelectualistas» y anti intelectualistas, protesten muy á menudo los últimos de que quieren permanecer en el «racionalismo»: prueba evidente de que consideran esta modalidad mental como susceptible de contener las dos primeras. Notemos también que los historiadores contemporáneos de la filosofía—por ejemplo, y, principalmente, Boutroux, en lo que á Descartes se refiere—han tenido el prurito de demostrar que, los iniciadores de la filosofía moderna, al hablar de Razón, no querían reducirse á «un intelectualismo estrecho». Tened, por fin, en cuenta, y esto es decisivo, que Kant, al dar en la «Crítica de la Razón pura» y en la «Crítica de la Razón práctica», respectivamente, dos sistematizaciones autónomas del intelectualismo epistemológico y del empirismo moral, conservó, al frente de ambas, el mismo sustantivo: «Razón», sin más que adjetivarlo diferentemente, según se tratase de intelectualismo ó de empirismo, lo cual quiere decir que consideraba «lo intelectual» como una especie comprendida en el género formado por «lo racional».

Pero precisamente la tradición clásica mantenía un tecnicismo contrario dentro de ella; «la Razón» fué siempre cosa mucho más limitada que la «Inteligencia...»—Hasta el límite en que puede hacerse esta equivalencia en lenguas de raíces distintas—y esclareciéndonos, sobre todo, por la teoría griega y alejandrina de las relaciones entre el «Nous» (que corresponde al conocimiento íntegro) y el «Logos» (que sólo corresponde al conocimiento racional),—podemos decir que el pensamiento griego tenía de la «Inteligencia» un concepto más amplio, en que entraban no solamente la razón y la lógica, sino también el gusto y sentido de la armonía y el sentimiento; y precisamente la originalidad de Aristóteles, dentro aquel pensamiento, con-

sistió en ser más racionalista, más exclusivamente lógico, más descarnado de sentimiento y de gusto artístico que los demás filósofos.—La escolástica no interrumpió esta tradición clásica y continuó considerando más ampliamente «la Inteligencia» que la «Razón». Así, una tesis doctoral reciente y muy notable en la Soborna, ha podido titularse: «El intelectualismo de Santo Tomás», y no hubiera podido titularse «El racionalismo de Santo Tomás». Y cuando Dante, en su «Infierno», refiriéndose á las almas de los condenados, se vale de esta expresión: «las gentes dolorosas que han perdido el don del intelecto», toma, evidentemente, la voz «intelectual» en un sentido de plenitud espiritual, que hoy diríamos muy poco intelectualista. No hay que decir cómo persiste este sentido en el Renacimiento humanista, con su general propensión á oponer, á Aristóteles, filósofo, como hemos dicho, más racionalista, Platón, filósofo intelectualista en la más vasta acepción de la palabra. Es necesario llegar á Descartes (quien, como Lutero, es ya, hasta cierto punto, romanticismo, es ya anti-Renacimiento) para que «Inteligencia» y «Razón» comiencen á hacerse equívocos y acaben trocando las tradicionales significaciones.

Ahora bien; nuestra anterior glosa filosófica terminaba diciendo que la filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, huyendo, tanto del Ascetismo (que quiere reducir el mundo del Espíritu), como del Romanticismo (que quiere prescindir del mundo de la Cultura), tiene que aplicar, «íntegramente, la Razón»...—Esta «Razón íntegra» á que apelamos, no es sino lo que la tradición clásica denominaba «la Inteligencia», «el Intelecto».—Y así quisiera llamarla yo también. Pero como no me siento, *por ahora*, con fuerzas bastantes para romper con el tecnicismo moderno (en derredor del cual hay un montón de «intereses creados», de palabras derivadas y de sobrentendidos que habría que revolucionar del todo), me resigno, interinamente, á continuar hablando de Razón, (añadiendo sólo, á veces, por medio de los vocablos «íntegra», «plenaria», etc., mayor precisión al sentido), cuando me refiero al órgano activo que nos dá la visión total del mundo, compuesta no sólo de elementos racionales, sino también de elementos empíricos, de elementos de intuición, de sentimiento y de «gusto».

Esto en los escritos técnicos. Mas en una exposición popular, como la que viene desarrollándose en esta serie de glosas cuaresmales, creo que ya puedo permitirme otra tentativa: la de restaurar la palabra «Seny», que estoy seguro de que, en boca ó en la pluma de los antiguos escritores, no querría decir «sentido común», (como modernamente se ha querido interpretar), sino algo análogo á lo que significa la palabra francesa «sagesse»,—es decir, una fuerza á la vez intelectual y moral, un equilibrio en la

dal (\*), estaba totalmente desenfocada por el prejuicio de ver una filosofía, la justificación ó la condenación de determinadas opiniones políticas. La prueba es que tomaba la defensa del «Werden» contra mi «Machen», creyendo que yo menospreciaba el «Werden» por liberal, cuando juntamente hablaba mal de él por conservador. (Werden es «devenir», devenir natural, y, por consiguiente, ausencia de intervención humana, evolucionismo pasivo, conservadurismo, etc.)

De una vez para siempre, quiero protestar de que se busquen mis predicaciones ideológicas el alegato por una política determinada. La filosofía nunca es conservadora (qué palabrotal) ni liberal (qué otra palabrotal) Ya sé que aquí hay muchos que consideran equívoco al escritor que, á los cuatro días de producir, no se declara (tomando por alhuceta la ideología, como suele hacerse entre nosotros) monárquico ó republicano. Mas á los tales preguntaría yo: ¿Sabéis, por ventura, si fueron monárquicos ó republicanos, Bacón ó Descartes? ¿Quién podrá decir si son republicanos ó monárquicos, hoy, Benedetto Croce ó Henri Bergson?

(\*) En un artículo «Glosando una glosa», publicada en La Publicidad de Barcelona, contra una glosa nuestra en que se hablaba de las devociones, es del «Werden» y del «Machen».

total producción del espíritu, una plenitud de conocimiento que no desconoce ni rechaza los elementos empíricos, sino que sabe ordenarlos y subordinarlos dentro de ritmos noblemente intelectuales —«*Seny!*»... Esta divina palabra (sólo al pronunciarla me embriaga como un vino generoso) guarda, lo creo sinceramente, entre sus probabilidades de porvenir, la solución de la dolorosa antinomia fundamental que Kant impuso al espíritu moderno. La contradicción entre la «Crítica de la Razón pura» y la «Crítica de la Razón práctica», ha de fundirse en una plena y armoniosa «CRÍTICA DEL SENY» que unifique en el «Nous», en lo que la clásica tradición llamaba «Intelecto», en lo que nosotros nos vemos todavía obligados á llamar «Razón integral», nuestras vidas intelectual y moral.

El *Seny*, la Inteligencia, la Razón integral, la Razón viva, la facultad de percibir, no únicamente lo concreto individual, como la intuición, ni solamente lo general abstracto, como la mutilada «Razón» de los modernos, sino también LO GENERAL CONCRETO, es decir, LO IDEAL VIVIENTE, (lo que el Glosador ha llamado á menudo «lo platónico»), es la concepción nuclear en la filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega.—A este concepto filosófico contribuye en mucho y trae demostración, una teoría científica, en cuyas inquisición y demostración me he ocupado de veras. Me refiero á la «fórmula biológica de la lógica», que quisiera explicar muy someramente el próximo viernes.

## VI

## (Sexto Viernes de Guaresma)

Tratando de inscribir la producción de la razón en el cuadro de los fenómenos generales de la vida, trabajando así en la constitución científica de la Lógica, partí un día de la teoría, clara y definitiva, de Avenarius, según la cual todo problema representa para el ser vivo una situación de desequilibrio entre sus fuerzas intelectuales y las circunstancias exteriores. Pero también tuve la suerte de llevar á esa teoría una noción biológica que Avenarius no puede emplear: la de la inestabilidad constante que caracteriza, por definición, la vida. Esa inestabilidad es exagerada en los centros nerviosos superiores en donde se producen las detenciones de reflejo que nos dan la definición fisiológica de la conciencia. Ahora bien; la menor excitación procedente del exterior destruiría semejante equilibrio, destruyendo con ello la vida si el individuo no contase entre sus fuerzas propias la de neutralizar aquella excitación, la de volverla, la tóxica en inocua, incorporándola á su equilibrio y haciéndola servir cada vez más para la defensa de ese mismo equilibrio, en los conflictos futuros.

Pero notémoslo: este proceso no es otra cosa que el proceso general defensivo de la vida.—Un filántropo ingenuo andaba una vez por las Universidades

populares de París, haciendo una propaganda moralísima contra el ajeno. Para demostrar gráficamente los daños por esta bebida producidos, añadía á su exposición un experimento sensacional: Cogía un pobre conejillo, le daba una buena inyección de «sirena verde»; el animalillo moría ante el estremecimiento de los concurrentes. Así iban las cosas á las mil maravillas, hasta un día en que de las filas de espectadores, se alzó una voz: «¿Quiere hacer el favor de repetir eso mismo, pero con agua?», dijo en tono burlón. No se temió nada el filántropo. Repitió, sonriente, el experimento... que fué también mortal esta vez. Triunfaba el vicio y padecía la virtud, por culpa del imprudente que no supo recordar que serían igualmente tóxicos los mejores alimentos, si no existiese en el organismo una fuerza defensiva que anula su veneno y los incorpora al equilibrio vital.

Y lo mismo que con los alimentos sucede con las enfermedades. Todos sabemos que la teoría de la descomposición diastásica y de la inmunidad consecuente forma una síntesis en que entran, por entero y sintéticamente, los fenómenos biológicos, sean patológicos ó normales. En este mismo orden he querido yo introducir los fenómenos intelectuales. Las excitaciones conscientes serían para el individuo lo que el agua inyectada para el pobre conejuelo de la Universidad popular, si no existiese, tanto en un caso como en otro, un procedimiento de defensa, que es inmediatamente un proceso de descomposición y remotamente un proceso de inmunidad. Con la diferencia de que en lo que en este caso se llama digestión, en el segundo se llama Razón. Pero energéticamente, la cosa es la misma.

Así considerada, la Razón, no suprime el elemento biológico puro, sino que lo transforma para defendérselo de él. En otros términos: lo irracional existe en el mundo y es la base misma de la Razón; pero ésta se produce para combatirlo. El admitir esto nos dá una base para la teoría de la Razón integral, que es alguna cosa contra la vida; pero que forma parte de la vida misma y que no puede desconocer sus fueros.

La Razón que respeta los fueros de la vida, aunque los combata, es, precisamente, lo que hemos llamado «*Seny*».

## VII

## (Viernes Santo)

Los poetas, mejor que nadie, se han complacido á veces en imaginar el terror de aquél á quien llamaron, según sus personales preferencias, el hombre primitivo ó el primer hombre, cuando vió, por vez primera, desaparecer de la tierra la luz del día para dejar el puesto á la obscuridad de la noche. Es evidente que si suponemos un ser dotado de conciencia—lo cual, biológicamente, quiere decir un ser que persiste en la vida y en la

conciencia en virtud de un equilibrio inestabilísimo,—y, por otra parte, lo suponemos en tal estado que la experiencia no le haya enriquecido aún con una noción racional fundada en el determinismo de un curso regular y alternativo de la claridad y de las tinieblas, la excitación provocada en ese ser por la desaparición imprevista de la luz de su mundo es lo más á propósito para producir en él una perturbación de los elementos vitales, una conmoción irreparable. Por fortuna, la situación propuesta es del todo convencional. Históricamente, las cosas han debido de pasar de tal modo que, á todo progreso de finura de la conciencia, es debido de corresponder, APROXIMADAMENTE, una serie de adquisiciones ideológicas, un perfeccionamiento en el sistema de defensa racional... Decimos «aproximadamente»: en efecto, hay, ha habido y habrá siempre ciertas órdenes de excitaciones para las cuales nuestro sistema de defensa racional, de conceptos, un tanto retrasado en su evolución, es casi siempre insuficiente.

Ejemplo notable de esto nos ofrece lo que generalmente sienten los hombres en presencia del fenómeno de la muerte. La idea de que, en un individuo, ha de suceder la muerte á la vida existe, sin duda, en nosotros, y forma parte de nuestro fondo de adquisiciones racionales, no menos que la idea de que al día ha de suceder la noche. Pero, en tanto que esta última ha adquirido desarrollo suficiente para suprimir toda consecuencia de perturbación, toda toxicidad de nuestra visión de la noche, el sistema correspondiente á la primera idea es aún demasiado débil, en la mayoría de los hombres, para que no sientan turbación ante la muerte. Este residuo de toxicidad que presentan muchas excitaciones, esta superioridad respecto, al sistema de defensa, constituye lo que, en la impresión del lenguaje corriente, se denomina MISTERIO. El misterio, biológicamente considerado, nace de la insuficiencia—siempre muy relativa, naturalmente—del sistema de defensa, de la lógica, frente á una excitación dada. Si suponemos un ser dotado de un desarrollo de conciencia parecido al del hombre delicado de hoy, mas para quien todo sea misterio, la conciencia de este hombre naufragará muy deprisa por la toxicidad de las excitaciones procedentes del mundo exterior y de su propio cuerpo: su vida individual no tardará en desaparecer. Y, verdaderamente, es una aproximación real de ese episodio imaginario la que nos dan muchas enfermedades mentales, con su período demencial y la muerte por epílogo.

El fenómeno de la persistencia del hombre en la conciencia y en la vida, sólo puede explicarse por el hecho de haberse constituido, con las excitaciones primeras (que el desarrollo elemental de la conciencia hacía aún muy débiles) un «carácter adquirido» que le dá una inmunidad especial para las excitaciones nuevas. Y si el ser conscientes es

una debilidad, la lógica es, al contrario, lo que constituye su superioridad... La lógica anula la toxicidad del mundo para el hombre... Recuérdese siempre á Pascal, al desafiar la hostilidad del mundo de que siempre se veía vencedor, porque Pascal «comprendía» el mundo, mientras que el mundo no le «comprendía» á él.

### Como si estuviéramos aún en Cuaresma

#### VIII

#### (Octavo Viernes de Filosofía)

Tendrá que perdonarme una vez más el lector frívolo; pero los siete viernes cuaresmales han resultado terriblemente estrechos para encajar en ellos el resumen, aun popular y suscito, de la orientación filosófica que el glosador se propusiera desarrollar. En las últimas glosas, me he afanado heroicamente (¡qué heroísmo, el de sacrificar pensamiento!) para que el asunto no se derramase del vaso destinado. Pero vanamente. Y el Glosador lo reconoce hoy con pena; porque él es hombre arbitrario y consistiría su ideal en hacer *exactamente* lo que se ha propuesto; sin que dejen de dolerle hasta cierto punto, los casos en que el resultado supera al propósito; como á Baudelaire que dice que estaba muy avergonzado porque, habiendo querido, en sus «Poemas en Prosa», imitar simplemente al delicioso «Gaspard de la Nuit», le salió la obra, en definitiva, muy original.

Quiero, pues, ahora, solicitar humildemente del lector frívolo, y también del atento, perdon y dispensa de que suframos juntos los efectos de la torpeza mía. Tal vez por nuestro amor á las cosas cumplidas, nos causara pesar el que dejáramos sin conclusión un esfuerzo que la exigía, aunque tome aspecto de vulgarización y de vagabundeo. Más para el término harán falta dos ó tres glosas más. ¿Nos será lícito seguir, durante dos ó tres viernes, hablando de Filosofía, «como si continuase aún la Cuaresma?»

Pero será preciso que, por segunda vez, volvamos los ojos atrás. Nadie lo diría, y van ya dos meses desde que comenzó la serie. Y las interrupciones de seis días levantan obstáculos ante la atención.

Partimos de una idea de la Filosofía, no como contemplación pura ni como acción pura, sino como contemplación que se inscribe constantemente en la acción. Luego demostraremos, cómo este punto de vista, que, á nuestro juicio, era el indispensable al Hombre que Trabaja y Juega, exigía, como postulado indispensable, el abandono de todo monismo, aceptando, en cambio, como metafísicamente legítimo, el dualismo, que experimentalmente se manifiesta siempre en el Trabajo y en el Juego. Reflexivamente, abstractamente, este dualismo se nos presenta como una oposición entre

la íntima libertad indefinible y el mundo exterior, comprendiendo en éste el propio cuerpo y las propias fuerzas del espíritu, en cuanto éstas son ya exteriores, ya «simbólicas», respecto de la íntima libertad. Pero —y aquí empezábamos ya á aplicar, á lo por nosotros pensado, nuestro método,—si nos es dada la dualidad en esos términos, lo es por contemplación; nunca nos la dan así el Trabajo ni el Juego: por el contrario, la lección de estos nos muestra que, en la plenitud funcional, la libertad interior «coloniza», «arbitra» una parte del mundo exterior, tanto del que la realidad presente nos dá, como del que nos es dado por la historia. Y así es como se producen el «Espíritu» y la «Cultura». El Espíritu, es el arbitramento de las fuerzas naturales por la libertad interior. La Cultura, es el arbitramento de las fuerzas históricas por la libertad interior.

Ahora bien; como el pensamiento es una cosa activa, el hombre que piensa, trabaja y juega, al hacerlo, no deberá prescindir nunca, ni tan siquiera intentar prescindir, de estos dos instrumentos necesarios: las fuerzas naturales y la cultura. La tentativa de prescindir de las fuerzas naturales, es decir, del Espíritu, es el Ascetismo. La tentativa de prescindir de las fuerzas históricas, ó sea de la Cultura, es el Romanticismo (1). En cambio, el pensamiento que reconoce que le son necesarias las fuerzas naturales y las históricas, es, no ya el «Logos» griego, que más tarde se llamó Razón y se llama hoy Inteligencia, sino el «Nous» griego, lo que los escolásticos medioevales y platónicos del Renacimiento denominaron Inteligencia, lo que hoy se llama Razón, lo que podemos llamar «Seny». El «Nous» ó «Seny» es la actividad mental humana en cuanto se considera como fuerza natural y como fuerza histórica; y, por consiguiente, como fuerza cuyo estudio entra en los límites y métodos de la Biología, que es, desde Darwin, Física é Historia á la vez.

El objeto de las dos últimas glosas era aludir muy someramente á nuestros trabajos para el estudio de la Razón, del Juicio, como fenómeno biológico; trabajos en los cuales una serie de investigaciones de orden experimental nos ha permitido incluir el fenómeno Razón, entre los procesos defensivos por los que el organismo individual intenta asegurar su permanencia; es decir, en un orden energéticamente análogo á los procesos de diástasa, de digestión, de inflamación, de enfermedad, y, remotamente, de inmunidad. Por esta causa, lo que llamamos «la fórmula biológica de la lógica» se cifra en lo siguiente: «La razón, es una diástasa; la lógica, una inmunidad».

Repasado todo esto, quisiera entrar

(1) De prescindir de las fuerzas históricas ó de quedarse indiferente entre ellas,—que viene á dar el mismo resultado.—Me creo obligado á decir esto, desde la lectura de «El romanticismo in Germania», de A. Farinelli.

ahora en la indicación de la actitud criteriológica que se deduce de tal conclusión: aspecto que es especialmente interesante para el juicio que el Hombre que trabaja y que juega debe formarse de la doctrina del Pragmatismo.—Pero esta glosa pasa ya de los límites discretos. Es lástima haberla empleado toda en preámbulos... Conste que las dos ó tres, más para las cuales he pedido licencia, no empiezan á contarse desde hoy, sino desde el viernes que viene.

#### IX

#### (Noveno Viernes de Filosofía)

Las dos nuevas cuestiones capitales con que la Filosofía se ha enriquecido estos últimos cincuenta años, son las siguientes: Si la vida del espíritu, ó una parte de la vida del espíritu, escapa ó no á la luz de la conciencia; es decir, el problema de la subconsciencia.—Si la realidad, ó una parte de la realidad, escapa ó no á la luz de la razón; es decir, el problema de la realidad irracional.—Creo haber demostrado cumplidamente, en algún cursillo, que ambos problemas son paralelos y que la solución del uno depende, con íntima dependencia, de la solución que se acepte para el otro.

Antes de que estas dos cuestiones se planteasen como problemas verdaderos, la Filosofía venía aceptando tradicionalmente una de las dos soluciones que indicaremos en resumen. Una, es la propia de la actitud intelectualista que, en la historia del pensamiento moderno, vá desde Descartes hasta la «Crítica de la Razón pura» de Kant; la otra, es propia de la actitud que podemos llamar «romántica», que vá desde la «Crítica de la Razón práctica», hasta Bergson y el pragmatismo.—La primera actitud postulada, por una parte, la exacta superposición de la conciencia y del espíritu, y, por otra, la superposición de la razón y de la realidad; definiendo el espíritu por la conciencia, y la realidad por la razón. La actitud romántica, no sólo hace mundos distintos de la conciencia y del espíritu, de la razón y de la realidad, sino que, además, ensalza, con un juicio de valor, la gloria de la vida espiritual inconsciente y de la realidad irracional, contra la conciencia, contra la razón, para las cuales se reserva toda la antipatía.

Pero, desde que estas cuestiones se presentan á la reflexión de los hombres, no ya como postulados, sino como verdaderos problemas, sobre los cuales se investiga y trabaja, parece abrirse paso la posibilidad de una tercera actitud.—En el problema de las relaciones entre la conciencia y el espíritu, la información de los psicólogos que han estudiado lo subconsciente, inducenos á admitir esta solución: que la conciencia forma parte del espíritu, sin comprenderlo todo, pero siendo su parte luminosa... Recuérdese Myers, y su concepción del «yo subliminal»... Paralelamente, tengo la firme convicción de que el descubri-

miento de la «fórmula biológica de la lógica» impondrá, en lo que á las relaciones entre razón y realidad respecta, la solución siguiente: Que la razón forma parte de la realidad, no comprendiéndola toda, pero siendo su elemento mejor, la que hay que ponderar, cultivar, aumentar, ya que la realidad irracional es «venenosa» para la vida individual.

Nótese que esta actitud viene á continuar el intelectualismo; pero teniendo presentes los últimos resultados de la filosofía romántica y superándolos. El intelectualismo tradicional ensalzaba la Ciencia, por creer que la Ciencia podría comprender toda la vida. El romanticismo, sobre todo en su manifestación más pronunciada, el pragmatismo, rebaja la Ciencia, por considerarla incapaz de comprender la vida. El intelectualismo restaurado, propio de la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega, enaltece nuevamente la Ciencia, sin dejar de reconocer que no comprende toda la vida; pero afirmando que la misma Ciencia es vida. Por esto aquel que piense según el «Seny», sin dejar de aprovechar los resultados críticos del Pragmatismo, negará siempre ser pragmático, afirmando, al contrario, que continúa la tradición intelectualista del Clasicismo, que, desde Sócrates, dotó á Europa del culto á la Ciencia.

Pero la Ciencia, «lo mejor de la realidad», forma asimismo parte de la realidad. Por consiguiente, no puede excluir, ni en su génesis ni en su composición, los elementos biológicos, los elementos «alógicos». Hay, pues, en el origen de la Ciencia, una parte que no es racional; hay, pues, en la composición de la Ciencia, una parte que no es racional. La Ciencia debe sujetar estas partes, subordinarles; pero no puede excluirlas.—La parte irracional, en el origen de la Ciencia, es la «Curiosidad». El análisis de esta idea ha sido materia de un estudio mío muy reciente. La parte irracional en la composición de la Ciencia, es lo que he llamado «Juego», y en su estudio fué materia de otro trabajo publicado hace tres años.

Con esto, la Filosofía del Hombre que Trabaja y Juega, entra en los dominios de la Epistemología.—Propongo que la dejemos hoy á la entrada, aplazando el ver lo que ahí hace y dice.

## X

## (Décimo Viernes de Filosofía)

La Filosofía del Trabajo y del Juego halla en la Ciencia, como llevamos dicho, elementos de estas dos clases de actividad: de la actividad con intención de fin útil, del Trabajo;—de la actividad sin intención de fin útil, ó Juego. El primer elemento está sujeto á la ley del menor esfuerzo, á la ley de la «economía», prevista por Auguste Comte, enunciada por Ernst Mach. Pero el segundo elemento escapa á esta ley; no economiza fuerza, sino que trata, al

contrario, de dar empleo á un sobrante de fuerzas. Es un elemento de libertad, de belleza, de vida. Así nuestra Epistemología se constituye con una gran parte de Estética.

Si examinamos un producto científico cualquiera (una obra, una teoría, una hipótesis, una simple observación), notaremos en ella el resultado de dos esfuerzos. Uno de ellos, ha tratado de descubrir causas; el otro, de formular leyes.—En el terreno metafísico, se puede discutir si «causa» y «ley» son expresiones de una misma categoría. Yo no lo creo así; pero reconozco la legitimidad de proponerse el problema. Sin embargo, afirmo que este problema es exclusivamente metafísico; que no puede conocerlo la Epistemología; que para la Epistemología, la noción de «causa» pertenece al mundo de la «realidad», mientras que la noción de «ley» pertenece al mundo de la «razón».

Entre los conocimientos humanos hay una gradación que vá de las Matemáticas á la Historia, según la importancia que en ellos tengan cada uno de estos elementos. Las Matemáticas son ciencias en que la investigación de causas no desempeña papel alguno: todas ellas se aplican á formular leyes. «Juegan», pues, escasamente, las Matemáticas. En la Historia, al contrario, el elemento «legal» es escasísimo. Sólo puede hablarse de «leyes históricas», leyes históricas en virtud de una especie de «calembour». En la Historia todo es juego, libertad, contingencia. El historiador (hasta el historiador sistemático, que no se contenta con los hechos aislados), trata siempre de conocer causas, nunca de conocer, formular «leyes». Una historia pragmática es un absurdo ó falta de honradez.

Volviendo ahora á lo que se indicó el viernes pasado acerca de las dos fuentes de que nace la Ciencia, la curiosidad y la racionalidad, diremos que de la primera sale el esfuerzo para conocer las causas, mientras que de la segunda emana el esfuerzo para conocer las leyes. Por esto tiene tan escasa intervención en las Matemáticas la curiosidad, y tanta en la Historia; y al revés, la racionalidad, es decir, tan poca intervención en la verdadera Historia y tanta en las Matemáticas. También el dominio de cada una de esas fuentes ha variado según las épocas históricas. Ha habido siglos, esencialmente «curiosos», como los del Renacimiento; otros, esencialmente «racionalistas», como buena parte del siglo XVIII, buena parte del siglo XIX y también el siglo XIII, y, en general, los tiempos de la escolástica. En los primeros, la ciencia es más estética, ágil libre, lozana. En los segundos, más reglamentada, canonizada, presuntuosa, seca. Los primeros, son los siglos de los descubrimientos; los segundos, los de las teorías. Los primeros, son los siglos del «saber», de la Cultura, (y su peligro es el «dilettantismo»); los otros, son

los siglos del «Scientismo» (y siempre están amenazados de mandarismo y de pedantería).

Mas yo afirmo que, ni en los momentos más débiles de éstos, deja de existir en la Ciencia el elemento «estético», el elemento de «juego»; porque, de lo contrario, ya no podríamos hablar de ciencia, sino de pedagogía, de escolástica pura. La Ciencia, que es eminentemente «lógica» por su factor de racionalidad, es también «biológica» por su factor de curiosidad,—es decir, de instinto,—esto es, de algo biológicamente puro. El factor racional debe dominar al otro, sujetarlo, subordinarlo. Pero no puede excluirlo.—Y aquí hallamos una nueva aplicación: la aplicación epistemológica de la «Crítica del Seny», lo cual, partiendo del concepto dualista de distinción entre el Bien y el Mal, y afirmando que el Bien es el Espíritu y el Mal la naturaleza, nunca trata, no obstante, de excluir la naturaleza, sino de «colonizarla», de hacerla espiritual por extensión. El ejemplo supremo de este proceder es, quizá, el famoso «Oportet hæreses esse», conviene que haya herejes. Sí, la herejía es el mal para el creyente; pero conviene que haya herejes. La naturaleza es un mal para el Espíritu; pero conviene que haya naturaleza. Los elementos biológicos son un mal para la ciencia; pero conviene que haya, en la ciencia, elementos biológicos.

Pensar así puede ser el secreto de una «Filosofía, según la armonía», que venga á substituir, en la historia universal del pensamiento, la «Filosofía según la Identidad», absolutamente dominante desde Descartes y Spinoza.

El próximo Viernes trataremos de demostrar que la Filosofía del Hombre que Trabaja y Juega, no es una filosofía según la identidad, sino una filosofía según la armonía.

## XI

## (Penúltimo Viernes de filosofía)

¿Véis esa mujercita pálida, menuda, delgada, tímida, que pasa inadvertida entre la multitud? Es una recién casada. La llamaríamos tal vez una impúber. Pero esa mujer quizás oculte ya en su seno, no revelador aún, una vida nueva, que acaso sea la de un Napoleón Bonaparte.

Así nos cabe hoy, acercándonos al término de este esfuerzo—que no es aún de sistematización, pero ya sí tentativa ordenadora—lanzar entre los hombres una palabra, hija de las dichas anteriormente, y que, á primera vista, no se destaca de ellas; pero que nosotros presumimos tan fecunda en futuro que sólo el decirlo nos hace temblar. Esta palabra es nuestro: «PENSAR SEGÚN LA ARMONÍA»...—¡Amigos míos, yo os juro que si hoy se pusieran una docena de hombres, no más á pensar SEGÚN LA ARMONÍA los problemas filosóficos que secularmente vienen pensándose SEGÚN LA IDENTIDAD, mañana, mañana mismo, cambiara todo el aspecto del mundo de la Cultura!

«Pensar es función unificadora». — Conformes. — «Pensar es reducir los casos á la unidad». — ¡Sí, conformes, una vez más! Pero, ¿querría que «unidad» significase siempre «identidad»? — ¿No puede, «unidad», significar armonía, es decir, no aniquilamiento de las diferencias, sino acuerdo de las diferencias?

Principalmente, desde Spinoza acá, la filosofía ha trabajado en la «identificación de los contrarios». — Pero yo me atrevo á pronunciar mi palabra adversa ¡Quiero trabajar, no ya en la substantivación, sino también en la personalización de los contrarios! — ¿Pluralismo por consiguiente? ¡Sí; pero pluralismo—jerárquico!

Paralelamente, ved aquí la aspiración de la Ciencia, desde Descartes y el mecanismo. Reducir las cantidades á diferencias de cantidad. — Reducir las leyes á una sola ley... — Grande ha sido el esfuerzo; mucha la fatiga. No obstante, hoy, quien hable con toda honradez, ha de confesar que la última palabra de la Ciencia sigue siendo esta: — Las calidades no pueden reducirse todavía á diferencias de cantidad. — Las leyes no pueden reducirse á una sola: la substancia ha de considerarse científicamente, no como una, sino como múltiple. — Consecuencia de lo segundo: al lado de «las leyes» cabe admitir «las causas», es decir confesar que las cosas no tienen un origen abstracto, sino concreto.

¿Entonces, causas concretas y múltiples? ¿Cómo denominarlas ahora, si no por UNA MITOLOGÍA? — ¿No es lo mismo formular la palabra «Electricidad», que la palabra «Neptuno», toda vez que tú, sabio moderno, reconoces ya que la Electricidad es una cosa concreta, causal, que tiene leyes, sin duda; pero que es irreductible á su vez á una ley y á una identidad, y que en cambio tú, griego religioso, ya me concedes que Neptuno es una divinidad invisible, hecha, naturalmente, á la medida del hombre; pero que escapa á los sentidos del hombre?

(...Vuelve, pues, á tus labios suspirantes la flauta rota, ¡oh Númen recóndito de las Islas! ¡Los dioses no han muerto!)

Ahora, se deja oír, desde más allá de los mares, la alegre voz de un simpático filósofo romántico que fué hombre de buen humor. La voz senil, pero fresca de William James, que grita — «¡Un universo pluralístico!» — «¡Alerta! ¡Alerta!» respóndele de las orillas del Mediterráneo, la voz un tanto trémula de un glossador latino. ¡Alerta! ¡Un universo puramente pluralístico sería impensable! El universo está hecho á imagen de nuestro Entendimiento. — Nuestro «Seny» no prescinde de la naturaleza ni de la cultura para pensar; no es ascético ni romántico. Tampoco el universo prescinde del mal ni del caos. Mas el juicio se produce por la superioridad de la Razón sobre la naturaleza y sobre la cultura. El universo se produce por la superioridad del orden sobre el mal y el caos. —

«Oportet hæreses esse»; pero conviene sujetar, rendir, reducir los herejes. Conviene que haya naturaleza, pero conviene sujetar, rendir, reducir la naturaleza. — Los dioses son; pero están organizados en un Olimpo, y Júpiter es el padre y señor de los dioses, y no manda el pequeño Céfito lo que manda la alta Minerva. — Un universo plural, sí; más también un universo armónico y jerárquico.»

Regresemos ahora á nuestro punto de partida: — Toda vasta organización en filosofía ha de presentarse la forma del círculo. La Filosofía no ha de hacerse á imagen de escala, como la Geometría, ni á imagen del río, como la Historia, sino á imagen de esfera, como el mundo. Una proyección plana de la filosofía, un verdadero sistema, es forzosamente circular. — Volvamos, pues, á lo adquirido en la segunda glosa de esta serie. En ella referíamos el dualismo insuperable que la conciencia muestra al hombre que Trabaja y Juega entre él y el mundo. Ahora, salidos ya del campo de lo experimental, llegados á una visión total metafísica, debemos deducir que este dualismo se presenta repetido indefinidamente en la realidad. El Hombre que Trabaja y Juega puede interinamente incluir á los demás hombres en la misma categoría única de «mundo exterior». Pero la reflexión acaba por decirle que halli en donde él se ha considerado diferente, consideráranse también diferentes los otros. Y que en la realidad no humana existen también substancias diferentes y causas diferentes que hay que reducir á la armonía; pero no es posible reducir á la identidad.

¿Que tal vez queda en medio de todo esto un poco de obscuridad? ¿Que hay desigualdades, soluciones de continuidad, lagunas, quizá algún aspecto de contradicción? — ¡Paciencia aún, silencio, recogimiento! — O, mejor, no recogimiento ni silencio, sino trabajo y juego, y dejar que haga de las suyas la meditación y dejar que haga de las suyas la vida. Lo que hemos reconocido sumisos, no es todavía una filosofía, sino una introducción á la filosofía. No es un sistema, sino un índice orgánico de temas de trabajo. Sobre todo esto, cabe aún mucha elaboración. Hay trozos en que ya la reflexión y la crítica se han ejercitado, tenaces, y otros, casi impro visados. Todo tiene que madurar. Todo tiene que enlazarse con buenos vínculos... Pero «ya tenemos el lienzo preparado», como dicen los pintores.

El viernes próximo, con la venia del lector benévolo, quisiera dar aún una última glosa á la serie; glosa que contenga dos apéndices: uno, sobre la aplicación posible de algunos de los puntos de vista expuestos á ciencias filosóficas particulares; otro, cifrado en una breve nota sobre el «círculo vicioso en filosofía».

Según lo dicho el viernes pasado, damos hoy á nuestro ensayo de ordenación un apéndice que contiene dos notas: una, sobre las aplicaciones posibles de nuestros puntos de vista y métodos de las varias disciplinas filosóficas particulares; la otra, sobre el «círculo vicioso» en Filosofía.

#### Primera nota

a) *En Epistemología* ó teoría del Conocimiento, las meditaciones fieles al Hombre que Trabaja y que Juega, han permitido superar al Pragmatismo, sin desconocer las adquisiciones del Pragmatismo; pero continuando, por encima de él, la esencial tradición socrático-europea. La Ciencia está orientada hacia la acción, sí. Pero la acción no siempre es utilitaria: unas veces, es Trabajo; Juego, otras; es decir, elemento estético, libertad. En todo conocimiento, en toda ciencia, hay una parte de Trabajo, otra de Juego. Por eso, la «ley de la economía mental» con que Mach explicaba aquéllas, no es verdadera. Se aplica á lo que el conocimiento tiene de Trabajo, no á lo que tiene de Juego. — En la cuestión de si la imagen racional que nos formamos del mundo es exactamente superponible á la realidad, la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega reconoce, con el Pragmatismo, que no; pero afirma, contra éste, que no sólo forma aquella imagen parte de la realidad, sino que es lo mejor de ella, lo que nos permite á los hombres mantenernos tales, lo que contiene el secreto de la continuidad humana, de la historia, de la cultura, y, por consiguiente, del espíritu; lo que hay que conservar, acrecentar, afirmar, combatiendo lo otro, la realidad irracional, y, en la esfera convencional de las ciencias, negándola (aunque, por un transcendentalismo sutil, se le preste un acatamiento marginal, que tome, sobre todo, la forma de reconocimiento implícito de la posibilidad de la futura contradicción, del progreso futuro). — La Epistemología está llamada á constituirse de nuevo sobre estas dos bases. Y á constituirse, no como Metafísica, palabra cuya etimología es engañadora y la hace sospechosa á los hombres de ciencia, sino como «Protofísica», es decir, como fundamento indispensable para cualquier conocimiento concreto del mundo.

b) *En Psicología* creo sinceramente que la noción del espíritu, no como ente aislado, sino como «plenitud funcional», (en que entra, no sólo lo llamado corrientemente psico-física, sino también todo el cuerpo y todos los instrumentos y asimismo las obras humanas en cuanto están «colonizadas» por el Albedrío, es decir, en cuanto son Naturaleza arbitrada ó Albedrío naturado — Cultura arbitrada ó Albedrío culturado —) puede tener fecundidad inmensa. Aun no ha comenzado el aprovechamiento de esta idea.

Los trabajadores encontrarán ella, esperanzas de bellas indagaciones y buenos frutos.

c) *En la Lógica*, el descubrimiento de la unidad energética, del proceso mental con el general proceso biológico, permite, por fin, la construcción de la Lógica, como una verdadera ciencia á la cual le será lícito documentarse—como hace la biología en la Historia natural—en otra especie de historia natural, la de los productores del pensamiento. Podrán, pues, ponerse á contribución, de modo plenamente científico, series infinitas de observaciones y experimentos sobre: la producción de los grandes sabios, la arquitectura de sus obras, sus métodos de trabajo, sus procesos mentales, así como los de sentido común, los del niño y los del salvaje, los del loco, etc. Con eso la Lógica se convertirá de disciplina *normativa* en disciplina *natural*.

d) *En la Metodología*, se hace necesaria, como consecuencia de lo dicho anteriormente, la aparición de un nuevo «Organon», el tercero de la humanidad, subsiguiente y diverso de los de Aristóteles y Bacon de Verulamio.

El «Novissimum Organum», se diferenciará de los anteriores, mas aun que por su contenido, por su acento. La posición de «Ironía» descubierta como necesaria en la consideración, por el hombre, de sus propios productos científicos, no solamente quitará á la Metodología su pedantesco carácter preceptivo, para convertirla en ciencia observadora de la realidad y fiel interpretadora de ella, sino que, *oreará*, por decirlo así, el mundo de la ciencia, acabando por arrojar de él todo dogmatismo, cualquier scientismo, cualquier positivismo, cualquier espíritu de casta y de mandarínato, para bañarlo nuevamente en las aguas vivas de la curiosidad que han corrido abundantes en las grandes épocas de la Ciencia, como la del Renacimiento; para quitar toda posibilidad de conflicto entre su círculo y el círculo de la vida, que nutrirán libremente los impulsos religiosos y cordiales.

e) *En la Estética* el Romanticismo, ya tome forma de fantástico, ya de naturalista, está condenado, y, en cambio, se llega á una concepción del Clasicismo, no como capricho de imitación erudita, sino como actitud esencial humana. El Arte no puede vivir de lo abstracto; pero tampoco de lo individual. Su objeto es lo concreto general, es decir, la naturaleza armonizada ó, en otros términos, el arbitramiento de la apariencia. De ahí la Estética *Arbitraria* como concepción fundamental en que se justifican, no solamente todos los Clasicismos históricos, sino también el primer arte clásico, el cual, claro es que, en el momento de su producción, no podía ser aún clasicista.

f) *En la Ética* el «Oportet hæreses esse» traduce el *Seny* de una manera que dá indicaciones, no por flexibles menos seguras, para la conducta de la

vida. La Ética del Hombre que Trabaja y que Juega no dista mucho de la Ética socrática, que se cifra toda en la recomendación de ordenar en vida, de seguir una norma racional de conducta, á la cual amoldar, con cierta ironía y sonriente elasticidad, los detalles de la existencia moral. Los principios que traducen estas normas pueden ser diferentes, hasta opuestos; la moralidad reside en el hecho mismo de la norma. (Por eso Sócrates no se rebaja ni en la compañía de cortesanas y libertinos, etc.). Diremos, en términos quizás un tanto sorprendentes, que habrá que explicar otro día, que esta concepción legal preceptuaría, como máxima primera, «la Elegancia».—También creo que hay aquí un campo magnífico abierto á los esfuerzos de los trabajadores, sobre todo, en el examen de problemas concretos á los cuales se aplique la posición general.

g) *En Sociología* la consideración del espíritu, como plenitud funcional, no permite la definición de la *personalidad* como *individualidad*. Para el Hombre que Trabaja y que Juega, «una persona» es siempre algo colectivo, civil. Se rompe la superstición de la «vida interior» para restaurar el culto de la propiedad y de la producción humana. Por consiguiente (según el proceso explicado varias veces en este Glosario). Deber social, Civilismo, Imperialismo, etc.)

Todavía podríamos continuar aplicando las orientaciones expuestas en estos viernes filosóficos á otras disciplinas particulares, como la Pedagogía, la Historia, etc. Mas no nos es ya lícito extendernos más. Estos aspectos han sido ya indicados en algunas glosas, ó bien lo serán, con el tiempo.

#### Segunda y nota

Tenemos que sumir implacablemente. Queríamos repetir que la Filosofía es, en imagen, una ciencia circular. Es lícito comenzarla por un punto cualquiera; mas, para que un sistema sea perfecto, es preciso que el principio últimamente enunciado justifique el primero. Por consiguiente, la expresión «círculo vicioso» no puede tener valor en Filosofía cuando se trata de un sistema total. El círculo sólo es vicioso al tratarse de un sistema parcial. *En Filosofía, lo vicioso es,—ó la mezquindad, que deja el círculo en suspenso,—ó la falta de coherencia, que deja en el círculo soluciones de continuidad.*

#### ¡Adiós!

¡Ahora, paciente lector de estas filosofías de viernes, adiós y perdón! Mucho temo haberte enojado. Pero piensa en que varias de estas cosas que he dicho, me hostigaban los dentros desde años. Y yo venía privándome de cartelas por temor á este enojo.

XENIUS

N. de la R.—*Estas doce Glosas han sido publicadas originariamente en «La Veu de Catalunya»; la primera serie, durante la*

*Cuaresma última, ó sea en los meses de marzo y abril, y la segunda serie, después de este período, ó sea en abril y mayo. Nuestra Traducción ha sido revisada por el autor, quien ha añadido además los tres apéndices que siguen á continuación.*

P. D.—Una fórmula para concretar la significación histórica de la «Crítica del Seny», respecto del Intelectualismo tradicional, consiste en compararla con la posición del Modernismo religioso, respecto del Catolicismo.

Diremos que *nuestra «Crítica del Seny» es al Intelectualismo tradicional lo que el Modernismo religioso es á la Ortodoxia Católica.*

\*\*\*

Otra P. D.—Paseando anteayer con un amigo pintor, de inspiración modernísima, como yo le elogiase las delicadas de color del gentil artista francés, Vuillard, que tiene algunas telas en nuestra actual Exposición, aquél hubo de responderme: «Sí; pero Vuillard ¡es tan poco estructural!» Yo pensé entonces en el valor de supremo elogio que tiene esta palabra en la boca de los nuestros contemporáneos que sienten las palpitaciones de los tiempos. Pensé que esta «estructura» que se encuentra á faltar en Vuillard es la que elogia á José Clará, por ejemplo. Pensé en un amigo novecentista, el ingeniero Félix Cardellach, que acababa de publicar un libro de mecánica, con el título de «Filosofía de las estructuras». Y pensé, sobre todo, que el desvío que experimentamos hacia ciertos filósofos que encantaron la generación anterior, Emerson, por ejemplo, de que ellos también eran *impresionistas*, no estructurales, mientras que nosotros aspiramos, cuando aun no á sistematizar, á *estructurar*, al menos, nuestra filosofía.

\*\*\*

Una tercera P. D. y basta. — ¡Será completamente inútil advertir que, cuando en el decurso de estas glosas, se habla de «Jugar», «juego», etc., se entienden estas palabras en un sentido que excluye el «Juego de azar?». Tal vez lo adecuado, dentro del contemporáneo lenguaje cosmopolita, á la idea que se quiera expresar, sería el vocablo inglés «sport». La denominación «Juego» (en alemán: «Spiel»), está tomada de Friedrich Schiller, quien la aplica al arte, siguiendo las ideas de Kant.

Joaquín Montaner

## Sonetos y Canciones

Un tomo de 64 páginas.—Precio: dos Ptas. Joaquín Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

Ultima Obra de JOSÉ CARNER

## «Verger de les Galanies»

Papel de hilo . . . . . 5 Ptas.